

El cerebro de mi padre

Federico Campbell

*Ya que la identidad personal
se basa en la memoria,
temí por mi razón.*

La memoria de Shakespeare
JORGE LUIS BORGES

La memoria es la persona. Prive usted a alguien de sus recuerdos y dejará de existir como tal. Al desvanecerse la memoria, paulatina o súbitamente, el yo deja de estar en la conciencia y a partir de entonces sólo existe el cuerpo.

Si alguna certeza existe de que somos memoria, de que nuestra identidad individual, de que nuestro yo se asimilan a la memoria, esa comprobación se da de manera contundente cuando se apodera de la persona una enfermedad: el Alzheimer, por ejemplo, que desde 1901 debe su nombre al neuropatólogo alemán Alois Alzheimer. Hasta ese entonces la demencia senil era considerada algo propio y natural del envejecimiento, pero este médico llegó a establecer las peculiaridades del padecimiento incluso de manera tangible: en la autopsia del cerebro.

La memoria es la identidad personal. Somos memoria. Poco a poco el enfermo se va desconectando del mundo y de la vida. Primero se muere la persona, luego el cuerpo. Y es que Alzheimer es una enfermedad insidiosa, según Jonathan Franzen, el escritor norteamericano, autor de novelas como *Las correcciones* y de un volumen de ensayos titulado *Cómo estar solo*. ¿Por qué insidiosa? Porque incluso la gente saludable empieza a olvidar cosas a medida que envejece y no es fácil dirimir cuándo un olvido es natural o patológico.

En su ensayo “El cerebro de mi padre”, Jonathan Franzen trata de comprender cómo fue que, paulatinamente, su verdadero padre (el que lo reconocía y acariciaba)

se fue quedando atrás mientras su organismo físico aún subsistía.

Empezó por entender el joven escritor que el cerebro no es un álbum en donde se almacenan los recuerdos como fotografías inamovibles. No, contra lo que pudiera suponerse, y más que una imagen en movimiento, el recuerdo es una “constelación temporal”. O para decirlo en términos neurológicos y según el doctor Daniel Schacter, el recuerdo “es una aproximación necesaria a la excitación de los circuitos neurológicos, que conectan a un grupo de imágenes sensoriales e información semántica en el momento justo en que se tiene la sensación de un recuerdo completo”.

En su concepción de la literatura, Jonathan Franzen cree que en esta vida hay que contar para ser. Por eso nosotros casi siempre estamos contando una historia. Porque lo necesitamos. Porque de pronto se pone a disertar el narrador que todos llevamos dentro. De otra manera, y sin memoria, no podríamos saber quiénes somos.

Soy, en la medida en que me cuento.

Cuento, luego existo.

De lo que se trata, dice Franzen, es de ser individuos con identidad propia, con una historia que sea la nuestra y no una historia impuesta, producida desde afuera. Ésa es una de las funciones primordiales de la literatura: nos permite no ser masa, sino individuos realizados, en posesión de una historia verdadera, auténtica, decidida por nosotros mismos.

Y en ese contexto contempla la vida, la identidad personal, la mirada de su padre que se está yendo: a medida en que la personalidad se retrae, el individuo deja de ser capaz de contar su propia historia. Apenas reconoce al prójimo y, curiosa y enigmáticamente, sólo identifica al ser con el que más lo ha ligado el afecto (cosas del corazón).

En gran medida, dice Franzen, vivir consiste en construir narrativas que van dando sentido a lo que sucede.

“El proceso de ver a mi padre desaparecer es lo que me permitió cobrar plena conciencia de que todos somos las historias que somos capaces de contar y de encarnar.”

“Mi padre no sólo era la entidad física llamada Earl Franzen, sino alguien que desempeñaba en mi vida, en la de mi madre, en la de cuantos lo conocían, un papel no distinto al que desempeña un personaje en una novela. Mientras mantuvo la mente fue un personaje en su propia historia.”

Al ir siguiendo al individuo que fue su progenitor, Franzen advierte que por su carácter, por su personalidad, su padre tuvo una muerte “en sus propios términos”. Le reconoce un coraje no del todo ausente al terminar de estar en este mundo. Pero lo que está describiendo el escritor es la muerte de la persona, que antecede a la del cuerpo. Sigue contemplando a la figura física que, como una fotografía, representa aún a su papá, pero ese papá ya no está. ¿En qué momento se disolvió? ¿En la madrugada, mientras dormía? ¿Cuándo se fue?

Tal vez por la naturaleza misma de este mal, por la gradual pérdida de la conciencia, el sufrimiento por otro lado disminuya. No hay dolor físico. El enfermo no parece consciente de su inminente desaparición ni considera el carácter trágico de la muerte. Parece que no se da muy bien cuenta de que se está muriendo. Sin embargo, sí hay algo. Algo muy vago, una profunda tristeza, cercana al horror, que va y viene intermitentemente en los últimos instantes: la ratificada sensación de que el yo habrá de perderse mucho antes de que el cuerpo muera.

La historia personal también se borra antes. **U**